

Días y noches de amor y de guerra: los años de exilio de Eduardo Galeano y el desafío de sobrevivir a la derrota de las utopías revolucionarias

Eduardo Galeano's years in exile and the challenge of surviving the defeat of the revolutionary utopias

Resumen

Este trabajo aborda los conflictos ideológicos, políticos y éticos que afrontaron los intelectuales que decidieron exiliarse tras el estallido de las dictaduras latinoamericanas de la década de 1970. Aunque se trata de conflictos que atravesaron el campo de la militancia revolucionaria de manera transversal, el texto se centra en el caso concreto de un escritor que ocupó un lugar protagónico entre las corrientes de izquierda de aquella época. El objetivo es indagar cómo afrontó Galeano las dificultades que implicó el exilio, a saber: la nostalgia por la tierra natal, la culpa por haberse exiliado en medio de la represión, la sensación de cobardía derivada de ello, el dolor frente al asesinato de sus amigos y el desafío de elaborar una reflexión crítica sobre su propia experiencia de militancia. A estos fines, la estrategia de análisis apuntará a distinguir continuidades y rupturas en el imaginario estético y político del escritor. Para ello se utilizarán como fuentes la crónica testimonial *Días y noches de amor y de guerra* (2000 [1978]) y diversos artículos que Galeano publicó entre 1976 y 1985.

Palabras claves: Intelectuales, Literatura, Política.

Abstract

This work analyzes the ideological, political and ethical conflicts faced by the intellectuals who went into exile after the outbreak of the Latin American dictatorships of the 1970s. Despite the fact that these conflicts crossed the field of progressive militancy in a transversal way, the text focuses on the specific case of a writer who occupied a leading place among the leftist tendencies of that time. The objective is to investigate how Galeano faced the difficulties posed by exile, namely: nostalgia for his native land, guilt for having exiled himself in the midst of repression, the feeling of cowardice derived from it, the pain for the murder of his friends and the challenge of preparing a critical reflection on his own militancy experience. To these ends, the analysis strategy will aim to distinguish continuities and breaks in the writer's aesthetic and political thought. For this, the work will use as sources the testimonial chronicle *Days and Nights of Love and War* (2000 [1978]) and different articles that Galeano published between 1976 and 1985.

Keywords: Intellectuals, Literature, Politics.

Fecha de recepción: 31 de julio de 2020

Fecha de aceptación: 12 de octubre de 2020

“Días y noches de amor y de guerra”: los años de exilio de Eduardo Galeano y el desafío de sobrevivir a la derrota de las utopías revolucionarias

Eduardo Galeano's years in exile and the challenge of surviving the defeat of the revolutionary utopias

Gabriel Mariano Montali*

Introducción: algunas precisiones sobre el contexto

Ocurrió esta tarde, en el andén, mientras esperaba el tren a Barcelona. La luz encendió la tierra entre las vías. La tierra tuvo de pronto un color muy vivo, como si se le hubiera subido la sangre, y se hinchó bajo las vías azules. Yo no estaba feliz, pero la tierra sí, mientras duró ese largo instante, y era yo quien tenía conciencia para saberlo y memoria para recordarlo.
Eduardo Galeano, *Días y noches de amor y de guerra*.

Como afirma Teresa Basile (2015), los *sesenta-setenta* pueden definirse como el período de alzamiento en armas de *Calibán*. Esa figura shakesperiana, tomada del ensayo que Roberto Fernández Retamar publicó en 1971, es una metáfora de las expectativas que Cuba representó para buena parte de las elites letradas del continente. Calibán era la cifra simbólica de un sueño: la posibilidad de una transformación exitosa de las condiciones de opresión del capitalismo. Aquella imagen sintetizaba poéticamente las distintas connotaciones de ese horizonte de futuro imaginado. Calibán era el hombre mestizo intentando liberarse de la colonización; era el sujeto comprometido hasta las últimas consecuencias con el proyecto revolucionario. Y también, parafraseando el título de un famoso reportaje que el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti (2009 [1958]), primer director de la agencia de noticias *Prensa Latina*, le realizó a Fidel Castro y a Ernesto Guevara en medio de los combates de Sierra Maestra, era el intelectual que *lucha* por contraposición al intelectual que *llora*, es decir, el privilegio de la acción sobre cualquier otra forma de actividad política.

En casos como los de Argentina y Uruguay, el andamiaje aparentemente sólido de doctrinas y expectativas en el que se sostenía esa figura, comenzaría a derrumbarse poco después de que las organizaciones político-militares entraran en conflicto con las fuerzas de seguridad. Especialistas como César Tcach (2006) y Waldo Ansaldi (2014) han documentado que los grupos de poder, cuyo despotismo jugó un papel determinante en el proceso de radicalización de los núcleos de izquierda, no sólo se preparaban desde hacía tiempo para afrontar ese escenario. También lograron desarticular las células guerrilleras con anticipación al estallido de las dictaduras.¹ De acuerdo con estos autores, la eficacia del terrorismo

* Centro de Estudios Avanzados. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. E-mail: gabrielmontali@hotmail.com

¹ Además de elaborar una detallada periodización del adoctrinamiento castrense en las tácticas de contrainsurgencia, los trabajos de estos autores evidencian que la progresiva obturación de los derechos civiles – que tuvo a las interrupciones de los mandatos de Getulio Vargas (1954), Jacobo Arbenz (1954) y Juan Domingo Perón (1955) entre sus primeros episodios significativos– imprimió *marcas de sangre* en la memoria colectiva que alentaron la legitimación de las estrategias revolucionarias. Asimismo, sus análisis permiten afirmar que los golpes de Estado no tuvieron como propósito la derrota de las guerrillas, que ya había sido consumada con

castrense puso al descubierto los matices de las estrategias revolucionarias. No es casual que términos como *subestimación* o *reduccionismo* se reiteraran en las teorizaciones con que los exiliados intentaban explicar las causas de la derrota. Así lo hacía saber la primera editorial de la revista *Controversia* (1979), publicada en México por un destacado grupo de intelectuales argentinos:

Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota, una derrota atroz. Derrota que no sólo es la consecuencia de la superioridad del enemigo, sino de nuestra propia incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas, por ahora derrotadas, será tarea imposible si pretendemos seguir transitando el camino de siempre, si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creemos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad (p. 2).²

Si bien los militantes no ignoraban cuáles podían ser las consecuencias de su enfrentamiento con las fuerzas de seguridad, la dimensión del terrorismo de Estado parece haber constituido una experiencia no prevista, inesperada en sus profundos efectos. Las investigaciones de María Matilde Ollier (1998 y 2009) y Pilar Calveiro (2013) muestran que la implosión de las utopías revolucionarias –y, con ellas, la pérdida irreparable de un ideal que organizaba el horizonte de sentidos de la propia vida– no se limitó a promover el debate sobre los métodos que habían caracterizado el desempeño político de las izquierdas. A su vez, la derrota obligó a discutir un aspecto que resultará fundamental para el análisis que aquí me propongo: el marco de convivencia en torno al cual se había articulado el activismo marxista.

Recordemos que dicho espacio reunía una multiplicidad de corrientes, diversas incluso al interior de sus propias filas, que en ocasiones unificaron sus estructuras dentro de una agrupación o un frente de partidos, a punto tal que en una fuerza como el Frente Amplio uruguayo podían convivir desde las propuestas socialdemócratas de Zelmar Michelini a grupos vinculados con la guerrilla tupamara. Lo que entrelazaba esa diversidad era la coincidencia en un *ethos* anti-capitalista y anti-imperialista que consideraba a la revolución como una alternativa capaz de romper los lazos de sometimiento que oprimían al continente. Sin embargo, pese a sus afinidades en el plano teórico, y más allá de compartir un enemigo en común, representado por el sistema capitalista y sus clase dominantes, dicho entramado fue fracturándose a medida que el devenir de los hechos acrecentó diferencias internas en torno a las funciones y representaciones atribuidas a los letrados, a las vanguardias, a los sectores subalternos, a los partidos políticos y, sobre todo, al papel que se pretendía otorgar a la violencia en las luchas de liberación, que entre otras cosas condicionaba los modos en que cada grupo organizaba la participación de sus cuadros en la toma de decisiones políticas.³

anterioridad al estallido de las dictaduras, sino la búsqueda de una reestructuración no concertada ni democrática del capitalismo en el Cono Sur, donde los repertorios guerrilleros estuvieron lejos de constituir un peligro para las fuerzas militares.

² Con catorce números publicados desde 1979 a 1981, *Controversia* suele ser señalada como una de las revistas político-culturales más influyentes entre las que surgieron en el exilio. En parte por su plantilla de colaboradores, que contó con intelectuales de la talla de José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Héctor Schmucler; pero también por su sofisticación teórica y por el hecho de que sus reflexiones apuntaban a elaborar un proyecto político de signo democrático para la izquierda latinoamericana. Junto a ella, otras revistas que compartieron esas preocupaciones fueron *Presencia argentina*, *Sin censura*, *Testimonio latinoamericano*, *Cuadernos de Marcha*, *Confluencia*, *El diente libre* y *Debate*, sólo por mencionar publicaciones argentinas y uruguayas.

³ Para ser más concreto, aunque suele utilizarse la categoría *nueva izquierda* para reunir, en un mismo corpus, las múltiples tendencias que promovieron puntos de ruptura con el orden establecido, desde los movimientos

En ese sentido, los estudios sobre el pasado reciente comparten una misma apreciación: el período de promesas y esperanzas de libertad que Cuba inauguró en 1959, poco a poco fue subordinándose a la *lógica de la guerra*. Me refiero al imaginario, antinómico y lineal, que definía al combatiente como el verdadero revolucionario y a la lucha armada como la vía estratégica principal para la transformación del *statu quo*, esto es, aquella a la que debían subordinarse las demás formas de lucha política, fueran culturales, sindicales, electorales, estudiantiles, etcétera. El prometeico triunfo cubano ofrecía un modelo exitoso para la toma del poder basado en esa guía de conducta: el ejemplo de sacrificio de Ernesto Guevara, convertido en la praxis misma del *ser/estar haciendo* la revolución. Así, desde un enfoque para el cual los conflictos sociales acabarían resolviéndose, tarde o temprano, mediante la violencia, el imperativo de la acción llegó a constituir un mandato moral incuestionable que funcionó como principio de autoridad en sí mismo. Desde esta perspectiva, ser revolucionario era *hacer* la revolución, de modo que cualquier otra actitud, como por ejemplo el ejercicio del arte y de las ideas, fue paulatinamente minusvalorada e incluso llegó a ser definida, en casos extremos, a la manera de una defección que habilitaba a identificar al disidente como un sujeto que no estaba dispuesto a asumir los ideales y costos del proceso político.

Para autoras como Vera Carnovale (2011) y Claudia Gilman (2012), esta suerte de *chantaje moral*, en la medida en que juzgaba como cobarde o traidor al activista que no se decidía a tomar las armas, o que, por algún motivo, cuestionaba los mandatos partidarios, afectó particularmente a los intelectuales. Primero, porque devaluó la naturaleza política de sus prácticas, que perdieron densidad frente a los repertorios militaristas al no poder traducirse en resultados inmediatos en la lucha por el socialismo. Y segundo, porque obturó el debate y la diversidad de ideas al interior de los espacios de militancia, a punto tal que la duda y la crítica a menudo fueron objeto sanciones así como de persecuciones ideológicas. En otros términos, la dinámica de radicalización que siguieron los conflictos, sobre todo desde finales de la década de 1960, contribuyó a legitimar los rígidos lineamientos de una lógica más adecuada a los esquemas de mando/obediencia que exige la actividad militar, antes que al pluralismo, la deliberación y la tolerancia con el disenso.

Como veremos más adelante, el impacto de esa cosmovisión autoritaria representó uno de los pasajes más complejos del proceso de autocrítica que se desarrolló tras la derrota. De acuerdo con los estudios de Ponza (2013) y Casco (2019), entre las múltiples operaciones llevadas a cabo para ofrecer respuestas a ese fracaso político, una de las más significativas fue la puesta en valor de la democracia republicana. Más allá de constituir toda una novedad para corrientes que habían menospreciado dicho sistema, entre otras cosas por juzgarlo favorable a los intereses de los grupos de poder, la maniobra ofreció un conjunto de argumentos insoslayables para canalizar la autocrítica. Fundamentalmente porque implicaba reconocer que sin apertura para la diversidad de ideas es imposible construir una sociedad igualitaria. En parte porque las prácticas verticalistas y de pensamiento único, al distinguir en forma taxativa entre sujetos calificados para asumir roles de mando y otros que deben resignarse a obedecer,

estudiantiles y feministas hasta las organizaciones político-militares, en este trabajo he optado por un criterio restrictivo. Por lo tanto, el empleo de categorías como *campo revolucionario* o *militancias e intelectuales de izquierdas* remitirá, en cada pasaje de esta investigación, al espacio concreto al que perteneció Eduardo Galeano. Es decir, a aquel amplio entramado de corrientes que en los sesenta-setenta protagonizaron el desarrollo de proyectos de cambio radical de la sociedad latinoamericana, y entre las cuales coexistían enfoques reformistas, insurreccionales, foquistas, etcétera. Precisamente, el impacto de la derrota en este colectivo fue tan radical, que motivó una profunda revisión doctrinaria del pensamiento marxista cuyo análisis excede las posibilidades de este trabajo. Para más información, consultar los estudios de Pablo Ponza (2010 y 2013) y José Casco (2019).

erigen una nueva estructura de desigualdad social. Pero también porque al basarse en certezas asumidas *a priori* como verdades absolutas, y por lo tanto indiscutibles, el dogmatismo teórico dificulta todo tipo de análisis sobre los resultados de una estrategia y, con ello, su reformulación en caso de no haber logrado los fines para los que esta fue diseñada.

Precisamente, la obra y la biografía de Eduardo Galeano resultan provechosas para analizar estos conflictos. En especial por la ambigüedad de sus posiciones, que lo convierten en una figura representativa de las vicisitudes que fragmentaron en esos años al campo del activismo marxista. Para ser más específico, si bien hasta la publicación de *Las venas abiertas de América Latina*, en 1971, su pensamiento se mantuvo próximo a los discursos anti-intelectuales que signaron a la praxis militarista, poco después es posible advertir que el autor toma distancia de los enfoques políticos más radicalizados. En ese contexto, entonces, su trayectoria puede simbolizarse en la imagen de un desvío: mientras parte del activismo optó por reforzar la lógica de la guerra en sus estrategias de lucha por el poder, Galeano, en cambio, acentuó su defensa de la militancia cultural como actividad indispensable para todo proceso de liberación. En otras palabras, lo que provocó ese desvío no fue una ruptura inmediata y total con su recorrido previo, sino un quiebre en su cosmovisión estético-ideológica, circunstancia que lo impulsaría a sobrellevar un largo período de reflexión sobre el fracaso de las utopías revolucionarias.

De ahí en adelante, por lo tanto, Galeano ingresa a una etapa de búsqueda en función de una exégesis alternativa al sobredimensionamiento de la lucha armada. Lo que se observa en ese tránsito, que es posible ubicar entre 1973 y mediados de la década de 1980, es una progresiva consolidación de las ideas de pluralismo y libertad individual como premisas fundacionales de una perspectiva crítica con las prácticas dogmáticas y autoritarias del marxismo. Es decir, el autor se vale de esas premisas para interpretar la derrota, para revisar sus actos en esas circunstancias y para definir un nuevo horizonte de sentidos tanto políticos como literarios. Mi hipótesis es que Galeano toma ciertos aspectos del debate por la resignificación de la democracia republicana sin que ello implique, en ese momento, un cambio de paradigma, debido a que recién tras el derrumbe de la Unión Soviética su búsqueda se traduce en un cuestionamiento más contundente del militarismo. Sin embargo, pese a las *ambigüedades* de su discurso, lo cierto es que es ese desvío el que instituye las bases desde las que poco a poco irá deliñando una cosmovisión de tipo socialdemócrata. Dicho de otra manera, es entonces cuando sus textos comienzan a manifestar un viraje hacia la concepción de la democracia en tanto herramienta clave para la construcción de una sociedad más justa. Un viraje que en sus textos más recientes, posteriores al período que abarca este trabajo, no tiende a inscribirse en un sistema específico, pues el autor repudia el uso instrumental que el capitalismo y el marxismo han hecho de esa herramienta. Muy por el contrario, la democracia pasa a constituir una suerte de *quintaesencia* que debería ser inherente a las instituciones representativas. Y es que para Galeano se trata de un principio esencial: la igualdad radical en el acceso a los derechos y condiciones básicas para la vida, principio que hace extensible a cualquier persona que sea víctima de alguna clase de opresión.

Es probable que esa situación detonara como resultado de un conjunto de sucesos que marcaron aquella etapa de su trayectoria. Algunos de esos hitos fueron la rápida desarticulación del MLN-Tupamaros, puesto fuera de combate a principios de 1972; los efectos de los golpes de Estado en Uruguay y en Chile, ambos ocurridos en 1973, que en el caso de su país supuso para Galeano una detención de dos semanas en carácter de preso político, la censura de sus obras y su exilio en la Argentina; y finalmente, la emergencia de discursos intolerantes con el disenso formulados desde las direcciones partidarias. De hecho,

quizás haya sido este último fenómeno el factor decisivo de esa reorientación, pues entre los distintos acontecimientos que produjo hay uno que vale la pena destacar: el asesinato de Roque Dalton en 1975 por parte de sus propios compañeros de militancia, suceso que conmocionó profundamente a Galeano debido a la amistad que mantenía con el poeta nicaragüense. De ahí que su obra publicada en esa coyuntura presente un reposicionamiento temático y estructural que plantea preguntas trascendentales a los estudios sobre el período. ¿Cómo hicieron los activistas para sobrevivir a los traumas de la derrota y el exilio? ¿Cómo lograron recomponer los sentidos de la política, el arte y la vida en un escenario de tierra arrasada por las dictaduras? Y en consecuencia, ¿cómo lidiaron con los efectos de una lógica que definió a la lucha armada como la máxima vía de intervención en el espacio público?

A los fines de responder estas preguntas, partiré de una clave de análisis que propone una doble lectura sobre esa etapa de transición. La primera se detendrá en las características de la literatura de Galeano. En ella, la primacía temática y estética de la política se fundamenta a través de la valorización del ejercicio intelectual –desde el arte y el periodismo al ensayo y el debate teórico– como un instrumento capaz de hacer aportes al proceso revolucionario. No sólo porque el campo de las ideas ofrecía un espacio de enorme visibilidad para exponer las desigualdades e injusticias del orden establecido. Sino también porque, desde su perspectiva, al enfrentar a los lectores con su propia historia, pensamientos y actitudes, la literatura podía favorecer la creencia en la necesidad de transformar el sistema capitalista. Tanto es así que Galeano organiza su obra a partir del desarrollo de una *poética del disenso* con ese modelo de sociedad, basada en la combinación de datos e interpretaciones sobre hechos históricos con una serie de procedimientos estéticos que persiguen la exaltación del lector, es decir, que buscan conmover sus emociones para animarlo a intervenir en la lucha contrahegemónica.

La segunda lectura, por su parte, examinará otro rasgo que se desprende de estas consideraciones: la representación de la actividad letrada como un soporte imprescindible para analizar críticamente las experiencias de militancia. Para Galeano, como veremos, la idea de que la política debía evaluarse y discutirse, entre otras cosas para no repetir el derrotero que había signado a los regímenes comunistas, se acentúa en sus años de exilio desde la mencionada concepción del disenso como un principio fundamental para la construcción de una verdadera democracia. Esto sugiere que antes que un cambio radical en sus posiciones, lo que produce la derrota es una profundización de tendencias ya presentes en su imaginario. En concreto, lo que se observa en el autor es la continuidad de una perspectiva humanista que, al acentuarse, diluye las certezas absolutas del marxismo y ofrece los argumentos que avalan el viraje democrático. Desde allí proyecta los tres factores a través de los cuales su obra tematiza esa reconfiguración político-literaria. Me refiero a la superación del complejo de inferioridad del intelectual frente a los actos sacrificiales del combatiente; a la idea de *responsabilidad* que lo liga a las víctimas del terrorismo de Estado, cuyas voces incorpora a sus textos para mantener vigente en la memoria colectiva cuáles fueron los motivos de sus luchas; y por último, a la valorización de otras dimensiones vitales –sobre todo el amor y la amistad– que se presentan como un nuevo resguardo contra las prácticas autoritarias y, a su vez, como elementos constitutivos de una razón de existir contrapuesta a la lógica consumista y despolitizante del capitalismo.

Una textualidad de exaltación: características de la literatura de Galeano

En el mapa de la literatura occidental, Galeano puede ubicarse en la tradición de las escrituras *urgentes*, marcadas por su estrecho vínculo con el presente de la enunciación. De

acuerdo con Fabiana Grasselli (2011), lo que distingue a esta corriente literaria es su manera particular de aproximarse a la historia, de *hacerse con ella y pensarse para ella*. En ese sentido, se trata de escrituras que encuentran en la *política* su palabra clave, el eje que organiza su estructura estética y sus objetivos, pues aquello que las define es el ímpetu de sus autores por intervenir en las pugnas que orientan el desarrollo de una comunidad. De hecho, junto a otras variables, ese ímpetu explica por qué esta clase de obras ganan visibilidad en contextos de radicalización, cuando ciertos episodios motivan a los escritores, como también a su público, a participar en los sucesos que dirimen la existencia colectiva.

El caso de Galeano es uno entre tantos ejemplos de la centralidad que alcanzaron estas escrituras a lo largo del siglo XX. Entre la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y la Revolución Cubana (1959), entre la preocupación de George Orwell frente al estalinismo y la conmoción que sufrió Rodolfo Walsh al conocer el testimonio de Juan Carlos Livraga, el hombre que había sobrevivido a los fusilamientos perpetrados por la dictadura de Pedro Aramburu (1955-1958) el 10 de junio de 1956, hay un común denominador situado en la violenta irrupción de *lo real* en la cotidianeidad de la vida. Dicho en otros términos, lo urgente en estos escritores, aquello que desplaza su praxis hacia el campo político, es la emergencia de la historia en un hecho cuya intensidad no les permite apartar la mirada, que queda detenida en la contemplación de aquello que hasta entonces era inimaginable y que, al hacerse presente, introduce un desdoblamiento, es decir, una ruptura en la biografía: un hito que marca el fin de una etapa y una subjetividad a la que ya no pueden volver. Así describió Walsh, en *Operación Masacre* (2000), esos fusilamientos que reconfiguraron su identidad y su estética literaria:

¿Puedo volver al ajedrez? Puedo. Al ajedrez y a la literatura fantástica que leo, a los cuentos policiales que escribo, a la novela “seria” que planeo para dentro de algunos años, y a otras cosas que hago para ganarme la vida y que llamo periodismo, aunque no es periodismo. La violencia me ha salpicado las paredes, en las ventanas hay agujeros de balas, he visto un coche agujereado y adentro un hombre con los sesos al aire, pero es solamente el azar lo que me ha puesto eso ante los ojos. Pudo ocurrir a cien kilómetros, pudo ocurrir cuando yo no estaba (p. 8).

Esta investigación abarca un período histórico que se ajusta a esas características. Es más, los sesenta-setenta responden a lo que Alain Badiou (2005) ha calificado como un *tiempo prometeico*, apocalíptico; una época que anuncia la proximidad de *horas decisivas*, de circunstancias frente a las cuales no se puede permanecer indiferente. En relación al campo cultural, esa sensibilidad tuvo la fuerza suficiente para convertir a la política en el horizonte de sentidos de las prácticas intelectuales. La radicalización de los conflictos en todo el continente, junto a las expectativas que movilizó el triunfo cubano en ese contexto, ejercieron esa clase de influencia sobre la elite letrada a la que perteneció el escritor uruguayo. En concreto, al igual que Walsh, Francisco Urondo, Javier Heraud o Roque Dalton, entre otros nombres representativos que reúnen puntos en común con su trayectoria –más allá de sus diferencias en el plano de las decisiones vitales–, Galeano presenció y protagonizó hechos sumamente influyentes en su biografía; hechos que son descriptos en su obra como episodios que reorganizaron su pensamiento y sus aspiraciones político-literarias.

Uno de esos episodios ocupa un lugar destacado en *Días y noches de amor y de guerra* (2000 [1978]), crónica testimonial compuesta por más de cien relatos breves en los que el autor, en clave de memoria o diario íntimo, reconstruye los pasajes más significativos de su vida e intenta conjurar los traumas de la derrota. Se trata de las marchas de protesta realizadas a mediados de 1954, en Montevideo, en contra del golpe militar que había derrocado al

presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. Galeano (2000 [1978]), que acababa de incorporarse como militante y periodista al Partido Socialista de Uruguay (PSU), cuenta que esas jornadas imprimieron una marca imborrable en sus años de juventud:

Mi generación se asomó a la vida política con aquella señal en la frente. Horas de indignación y de impotencia... Recuerdo al orador corpulento que nos hablaba con voz serena, pero echando fuego por la boca, aquella noche de gritos de rabia y de banderas, en Montevideo. [...] Yo tenía catorce años y nunca se me borró el impacto (p. 13).⁴

Más tarde llegarían la gesta cubana, la radicalización de la violencia política en Uruguay y sus viajes como cronista por distintos países del continente, entre ellos Guatemala, al que dedicó el reportaje *Guatemala, país ocupado* (1967), un antecedente directo del estilo de escritura que luego aplicaría en *Las venas abiertas de América Latina* (2010 [1971]). Esos hitos provocaron un viraje en la cosmovisión ideológica del escritor, que en pocos años se desplazó hacia un ideario que definía a la revolución como la vía privilegiada para modificar el orden vigente. Su literatura, de hecho, se funda en la urgencia por plantear cuestionamientos al sistema capitalista con el propósito de hacer un aporte a la construcción de una nueva sociedad. A ese fin se subordinan la temática y la estructura de sus textos. Más allá de que la política es un elemento natural al arte –presente, según Jacques Rancière (2016), ya en la selección de estéticas con que el artista trabaja–, en Galeano se destaca el esfuerzo por diseñar la forma de la obra en función de esos objetivos. Lo formal, entonces, antes que una vía para enriquecer la tradición literaria o para aspirar al acceso al canon, cumple en su producción el papel de *medio para la política*, para la crítica al capitalismo.⁵

Los estudios de Giunta (2008), Ponza (2010), Maccioni (2012) y Gilman (2012) señalan que esta cosmovisión acusó el impacto de distintos factores. Además del rol determinante que jugaron los acontecimientos del período, la creencia en la potencialidad política de la literatura encontraba sustento teórico, y justificativos estratégicos, en dos de las corrientes de pensamiento más influyentes de la época: el existencialismo de Jean-Paul Sartre y el marxismo humanista de Antonio Gramsci. Ambas consideraban que el triunfo del socialismo no dependía únicamente de la conquista del Estado, sino también de un cambio cultural, requisito que otorgaba a los intelectuales un papel protagónico en ese proceso. Desde el enfoque de estas doctrinas, el hecho de que la dominación se afirmara tanto en el uso de la fuerza como en la construcción de discursos que le brindaban legitimidad, hacía indispensable emprender una disputa ideológica en pos de subvertir esas concepciones. La lucha política, entonces, exigía el diseño de estrategias dirigidas a revelar los verdaderos intereses que esos discursos ocultaban. De modo que al comprometerse con la crítica al poder, al asumirse responsable frente a las problemáticas de la sociedad de su tiempo, el hombre de ideas estaba

⁴ Los primeros trabajos periodísticos de Galeano se publicaron en el semanario *El Sol*, órgano oficial del PSU. Aunque no me detendré en estas páginas en esa faceta de su trayectoria, es preciso considerar que su incursión en la prensa resultó determinante para la relevancia de su figura. Junto al éxito de sus libros, Galeano fue jefe de redacción de tres publicaciones muy emblemáticas en los sesenta-setenta: el semanario *Marcha*, que dirigió entre 1962 y 1964; el diario *Época*, que dirigió entre 1964 y 1966; y sobre todo la revista *Crisis*, que lo tuvo en ese cargo entre 1973 y 1976. La suma de esos factores lo convirtió rápidamente en un actor protagónico del campo cultural latinoamericano. Para más información, consultar Montali (2018 y 2019).

⁵ Vale la pena aclarar que aunque el sistema democrático uruguayo había sido, hasta entonces, el más estable de la región, en los sesenta-setenta entraron en auge un conjunto de políticas represivas muy similares a las implementadas en el resto del continente. Recordemos que entre 1966 y 1973, es decir, desde la asunción a la presidencia de Jorge Pacheco Areco, hasta la ruptura institucional perpetrada por Juan María Bordaberry, los uruguayos vivieron casi de manera ininterrumpida bajo el régimen de Estado de excepción. De hecho, para autores y autoras como Tcach (2006), Mariana Iglesias (2011) e Inés Nercesian (2013), esas políticas jugaron un papel clave en la radicalización de las izquierdas uruguayas.

llamado a ocupar una función complementaria al liderazgo del cuadro político o el combatiente: la función de persuadir la conciencia de las masas para empujarlas a romper con el *statu quo*. De ahí que escritores como Galeano pudieran reclamar para su praxis una potencialidad transformadora. Bajo el amparo de estas doctrinas, la ficción, el periodismo, el ensayo, el debate teórico, se resignificaban como *formas de acción*, como *armas* que podían contribuir al cambio social en carácter de instrumentos difusores de saberes, constructores de vínculos entre las personas y leudantes de la reflexión intelectual.

Al mismo tiempo, en esos años se produjo el *boom* de la literatura latinoamericana, fenómeno originado en la consolidación de un poderoso mercado editorial que incrementó en forma notable los espacios destinados a la exposición de la opinión pública. Tanto es así que si los hechos del período impulsaban a los intelectuales a la politización, y si las corrientes de Sartre y Gramsci les ofrecían anclaje ideológico para inscribirse en las luchas políticas mediante el ejercicio de las ideas, el fortalecimiento del campo cultural multiplicó la producción de libros, diarios, revistas y otros soportes a través de los cuales los letrados podían expresar sus posiciones y mostrarse activos en el debate sobre la conflictividad social.⁶ Por si fuera poco, a todo esto se sumaba el hecho de que los máximos referentes del campo revolucionario no sólo consideraban indispensable la politización de la *intelligentsia*, sino que incluso sus propias figuras podían ser asociadas a la imagen del teórico, el artista o el estadista, tres dimensiones que Ernesto Guevara logró reunir en textos como *La guerra de guerrillas* (1960), *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963) o “El socialismo y el hombre en Cuba” (1965).

En el caso de Galeano, pese a que el vínculo entre política y literatura ya se manifiesta en su primera publicación, la novela *Los días siguientes* (1963), en la que compone un retrato crítico de la sociedad uruguaya de la época, fue la incorporación de los géneros testimoniales lo que acabó por ajustar su obra al imperativo ético que la caracteriza: la configuración del arte y de la vida como dos instancias de un proyecto que encontraba su razón de ser, su sentido en tanto acto individual, cuando el sujeto orientaba su praxis creativa y vital hacia la lucha por la modificación del *statu quo*. Precisamente, lo que distingue a los géneros testimoniales, según los análisis de John Beverley (1987) y Elzbieta Sklodowska (1992), es su capacidad para ofrecer un conjunto de herramientas estéticas al escritor que aspira a *la eficacia del mensaje*, es decir, que busca que sus textos tengan impacto político en la escena social. En otras investigaciones he sugerido que al menos cuatro rasgos testimoniales organizan la obra del autor desde mediados de la década de 1960, tanto en sus cuentos y novelas como en sus ensayos y su producción periodística (Montali, 2018 y 2019).

En primer lugar, se destaca el trabajo sobre hechos reales a partir del testimonio de las víctimas de un acontecimiento, en especial los pobres, los obreros y los militantes revolucionarios del continente, cuyo relato pone en evidencia las injusticias del capitalismo. Esto se complementa con un segundo factor: la narración en primera persona por parte de un autor que se convierte en protagonista y testigo de esas injusticias. Así, su visita al lugar de los hechos y su participación personal en esas circunstancias –en una dinámica que incrementa la veracidad del relato, a la vez que ofrece una prueba contundente de su compromiso político–, obligan a poner en juego un tercer aspecto: la necesidad de interpretar

⁶ Las circunstancias que originaron el *boom* ya han sido analizadas en detalle en la última década. Para más información, los textos de Ponza (2010) y Gilman (2012) presentan datos y análisis exhaustivos sobre la modernización del campo cultural latinoamericano, desde el incremento del público lector –y, en consecuencia, la venta de libros– a la emergencia de editoriales y revistas que buscaron direccionar ideológicamente ese proceso, como por ejemplo *Casa de las Américas* o *Crisis*.

y contextualizar esas situaciones de opresión, ejercicio que Galeano realizaba mediante la mixtura de los enfoques del revisionismo histórico y las teorías de la dependencia. Y finalmente, el último rasgo es el empleo de recursos tomados de la literatura de ficción a los fines de incidir en las emociones del público. En *Las venas abiertas de América Latina*, por ejemplo, es permanente el contrapunto entre una prosa ensayística e informativa y otra que remite a los tópicos de la narrativa fantástica o de terror psicológico. Como puede observarse en el siguiente fragmento, a través de esos recursos –perceptibles, en este caso, en el tipo de sustantivos empleados y en su adjetivación– el autor retrata el escenario de la sociedad capitalista como un paisaje tenebroso y surreal, como la materialización de una pesadilla:

Estábamos muy en lo hondo del cerro Juan del Valle. [...] Recorriendo galerías, habíamos pasado del calor tropical al frío polar y nuevamente al calor, sin salir, durante horas, de una misma atmósfera envenenada. Aspirando aquel aire espeso –humedad, gases, polvo, humo–, uno podía comprender por qué los mineros pierden, en pocos años, los sentidos del olfato y el sabor. [...] Los cascos guardatojos irradiaban un revoloteo de círculos de luz que salpicaban la gruta negra y dejaban ver, a su paso, cortinas de blanco polvo denso: el implacable polvo de sílice. El mortal aliento de la tierra va envolviendo poco a poco. Al año se sienten los primeros síntomas, y en diez años se ingresa al cementerio. [...] La mina también brinda muertes rápidas y sonoras: alcanza con equivocarse al contar las detonaciones, o con que la mecha demore más de lo debido en arder. [...] Pero la muerte lenta y callada constituye la especialidad de la mina. El vómito de sangre, la tos, la sensación de un peso de plomo sobre la espalda y una aguda opresión en el pecho son los signos que la anuncian. Después del análisis médico vienen los peregrinajes burocráticos de nunca acabar. Dan un plazo de tres meses para desalojar la casa (Galeano, 2010 [1971]: 195-196).

Esta combinación de factores configura su estilo literario como una *poética del disenso* con el orden burgués. No es casual que entre todas las técnicas discursivas a las que puede recurrir un escritor, Galeano seleccionara aquellas que, a su parecer, le permitían incrementar el impacto político de sus textos. El imperativo contrahegemónico imponía la búsqueda de eficacia en el diseño una obra que además de explicar las causas históricas de un hecho, con el propósito de demostrar la naturaleza opresiva del sistema capitalista, debía ser capaz de enardecer emocionalmente a los lectores. En ese sentido, la denuncia de la desigualdad y la violencia de la realidad latinoamericana no sólo justificaban el vínculo entre arte, política y biografía. También se presentaban como elementos prácticos a los fines de producir una *textualidad de exaltación*, esto es, una obra que apuntaba a despertar la indignación del público para motivarlo a intervenir en la lucha por el cambio social.

En defensa de la palabra

De acuerdo con los estudios de Ponza (2010), Grasselli (2011) y Gilman (2012), pese al entusiasmo con que las elites letradas afirmaron estas consideraciones, la creencia en la potencialidad política de la literatura perdió legitimidad a medida que se radicalizaron los conflictos sociales. Las pugnas al interior de la militancia, entre ellas el cuestionamiento a quienes mantenían una actitud disidente con los mandatos partidarios, se agudizaron tras la realización de los congresos de la Tricontinental y de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), llevados a cabo en La Habana entre 1966 y 1967. Fue entonces cuando se definió al *combatiente* como el verdadero revolucionario y a la lucha armada como “la línea fundamental de la Revolución en América Latina” (Organización Latinoamericana de la Solidaridad, 1967: 46). En otras palabras, al convertirse el guerrillero en el máximo garante del triunfo del socialismo, las nociones de eficacia y urgencia se desplazaron hacia el terreno

de la actividad militar. Y en dicho marco, la identidad el hombre que observa, analiza o cuestiona quedó confrontada a la eficacia del hombre *que hace*, cuya posición es ante todo pragmática, al tiempo que el ejercicio intelectual, que no podía traducirse en resultados inmediatos en la lucha por el poder, perdió densidad frente a la acción concreta en el espacio público.

Múltiples fenómenos alimentaron la consolidación de la lógica de la guerra como un principio moral, y de autoridad, que al erigirse en carácter de verdad revelada no admitía ningún cuestionamiento. Entre ellos, los estudios históricos generalmente destacan la profundización de las tensiones de la Guerra Fría; el asesinato de Ernesto Guevara (1967); los golpes de Estado ocurridos entre 1964 y 1973 en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile y el estallido del Cordobazo (1969). Pero si esos hitos podían interpretarse como la confirmación de que el contexto exigía priorizar los repertorios militaristas, otros dos sucesos anticiparon cómo afectaría dicha lógica al campo intelectual. Me refiero a la detención del poeta cubano Heberto Padilla, ocurrida en 1971 tras la lectura de unos textos en los que criticaba al gobierno revolucionario, y a las declaraciones que pronunció Fidel Castro tras la polémica internacional que desató el episodio. Recordemos que el escritor, tras casi cuarenta días de arresto, leyó un discurso de autocrítica cuyo tono auto-incriminatorio fue interpretado por un sector importante de la *intelligentsia* como un sinónimo de los procesos realizados en Rusia durante el estalinismo, lectura que se hizo expresa en dos cartas que suscribieron, entre otros, Julio Cortázar –que sólo firmó la primera–, Jean-Paul Sartre, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Marguerite Duras y Mario Vargas Llosa.

En consecuencia, en pleno enfrentamiento con los Estados Unidos, y en el marco de las dificultades económicas que sufría la isla a causa del bloqueo norteamericano, el denominado *caso Padilla* abrió otro frente de conflictos que incrementó la inestabilidad de la revolución. Quizás por eso en su respuesta a la polémica, formulada durante el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Castro (1971) calificó a los intelectuales disidentes como “ovejas descarriadas”, “ratas” e incluso “basuras”, a lo que agregó: “¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad!” (p. 3-6). Y aunque sus palabras no estaban dirigidas al conjunto de los letrados, sino a quienes pretendían asumir una posición crítica respecto a las acciones de su gobierno, su intento por subordinar a la *intelligentsia* latinoamericana despertó inquietudes en relación a que margen existiría, de ahí en adelante, para el debate de ideas y la autonomía de pensamiento. Fuera por necesidades estratégicas o por cuestiones derivadas de su cosmovisión ideológica, la vanguardia política comenzaba a agenciarse el atributo de distinguir entre intelectuales burgueses y proletarios, comprometidos y traidores, al servicio de la revolución o del imperialismo. Siempre de acuerdo a la predisposición del sujeto a amoldarse, o no, a la hoja de ruta establecida por el proyecto de los dirigentes cubanos.⁷

Tal como sucedió con la mayoría de sus compañeros de militancia, Galeano no fue ajeno a los efectos de fractura que esta situación produjo en el campo intelectual. Es por eso que sus afirmaciones en una entrevista que le realizó el semanario *Marcha* en agosto de 1971, a raíz de la publicación de *Las venas abiertas de América Latina*, constituyen una anécdota relevante para empezar analizar las ambigüedades de su discurso. Desde su óptica, el caso Padilla representaba un hecho excepcional en comparación con el desarrollo de los mecanismos democráticos para la expresión colectiva del pueblo cubano. La circunstancia

⁷ Una detallada reconstrucción de este suceso y de varias controversias similares en torno a las obras de Reinaldo Arenas, Antón Arrufat y otros autores, puede encontrarse en el trabajo de Gilman (2012).

había conducido a “la desproporción” de que “en nombre de un caso particular” se llegara “al extremo de calificar a la revolución de estalinista”, a lo que agrega: “es muy significativo advertir que se está procesando en Cuba una democratización en varios órdenes de la vida política que parece no interesar a los intelectuales latinoamericanos y europeos, y que es sin embargo infinitamente más importante que él caso Padilla”. De ahí que calificara a sus colegas como exhibicionistas que confundían la parte con el todo, que pretendían “una revolución perfecta, químicamente pura, a la medida de todos los sueños”, y que con sus actos de “mala fe” habían conseguido estimular “posiciones dogmáticas” dentro de la isla, posiciones que define como un componente inevitable en todo proceso de cambio que en Cuba coexistía con otras alternativas: “dentro de la revolución hay muchas tendencias, muchas opiniones distintas, muchos puntos de vista diferentes. Eso es así porque no hay estalinismo en Cuba. Ahí vos encontrás de todo” (Galeano, 1971: 31).

Si bien la prudencia de sus afirmaciones puede evaluarse como el resultado de una situación en curso, o bien, como el producto de la cercanía temporal con un hecho que aún no determinaba cómo se resolvería esa puja de tendencias al interior del activismo, vale la pena remarcar que el pensamiento de Galeano tampoco era ajeno a muchas de las interpretaciones que ofrecían anclaje teórico a las perspectivas militaristas. Al menos entre esa fecha y los meses previos a su exilio en 1976, recorte que abarca la publicación de los cuentos de *Vagamundo* (2013b [1974]) y una novela testimonial, titulada *La canción de nosotros* (2013a [1975]), su obra todavía se ajusta a la idea de que el sistema capitalista atravesaba una fase de crisis terminal que hacía de la revolución un suceso inminente. También propone una lectura antinómica de la historia latinoamericana, caracterizada por la permanente confrontación entre dos bloques homogéneos y contrapuestos –las clases populares y dominantes– que tarde o temprano procesarían sus luchas a través de la violencia. Y por último, presenta un retrato idealizado y unidimensional de los protagonistas subalternos de esa historia –Túpac Amaru, José Artigas, Ernesto Guevara, entre otros–, que son descriptos como sujetos radicalmente honestos, éticos, solidarios, valientes e inquebrantables hasta las últimas consecuencias, en contraposición a los perfiles de los representantes de los grupos de poder e incluso a la figura del traidor, del militante quebrado por la tortura, que recibe un tratamiento categórico en *La canción de nosotros*: “El delator: carnada, batidor, dedo duro, buey corneta. El delator: que quiere gritar y vomita, quiere llorar y se mea, quiere dormir y se muere. Que quiere querer y no tiene con qué” (Galeano, 2013a [1975]: 68).

Como se anticipó en la primera parte de este trabajo, la radicalización de las controversias parece haber jugado un rol determinante en el reposicionamiento del escritor. Por sus contactos con la izquierda uruguaya, que se remontaban a sus años de militancia en el PSU, Galeano fue testigo directo de la rápida desarticulación del MLN-Tupamaros, puesto fuera de combate por las fuerzas de seguridad de ese país entre abril y septiembre de 1972 (Tcach, 2006). Un año más tarde, el golpe de Estado perpetrado por el presidente Juan María Bordaberry concretó el asilamiento definitivo de las tendencias socialistas. La dictadura cercenó su círculo íntimo y él también fue víctima de las persecuciones que sufrieron muchos de sus amigos. Según cuenta en *Días y noches de amor y de guerra* (2000 [1978]), en esos meses fue arrestado por la policía y pasó dos semanas detenido en una cárcel en la que presenció los efectos de la tortura sobre los prisioneros. La campaña internacional por su liberación, impulsada por los integrantes de la revista *Crisis*, permitió que poco después pudiera exiliarse en la Argentina. Allí asistiría al desarrollo de un proceso represivo contra las corrientes revolucionarias que resultaría aún más cruento que el ocurrido en su país. Y ante tal escenario, el autor parece haber optado por una actitud precavida frente a la agudización de los conflictos, tal como se observa en una carta que le envió a Ángel Rama en julio de 1974,

en la que describe las dificultades que afectaban a la redacción de *Crisis*: “Aquí la cosa anda complicada y hay quienes nos miran como pato al asador –pero sobrevivimos. Nos cuidamos, no temas: pienso que vamos a seguir existiendo, aunque coleando menos, porque a la realidad hay que respetarla, ¿no? Si no, no te respeta ella” (Galeano, carta a Ángel Rama, 1974c: 1).

A todo esto hay que añadir el factor decisivo: la paulatina consolidación de las perspectivas dogmáticas por sobre el resto de alternativas de lucha. La trayectoria previa de Galeano ofrece detalles que permiten valorar el peso que este fenómeno tendría, a la postre, en la reconfiguración de su pensamiento. Un buen ejemplo lo encontramos en las crónicas de los viajes que realizó entre 1963 y 1964 por distintos países comunistas. Esos relatos lo muestran escéptico frente al derrotero de la China de Mao Tse-Tung, como sucede en el capítulo del reportaje *China, 1964. Crónica de un desafío* (1964) en el que analiza el mito de Lei Feng, un soldado que había muerto en 1962 en un accidente y que el aparato de propaganda del gobierno había convertido en símbolo de sacrificio, heroísmo y, sobre todo, disciplina. Sus dudas sobre la ausencia de prácticas autoritarias en ese país contrastan con el entusiasmo que expresa frente a la flexibilización checoslovaca: “Visité muchas galerías y salas de exposiciones en Praga; del académico realismo socialista no queda más que alguno que otro residuo”; y en especial frente al caso de Cuba: “Los sacrificios se comparten. El entusiasmo, también. (...) Se podría nombrarte patria del socialismo alegre (...). Bien se puede afirmar, Cuba, que una revolución como la tuya, nace vacunada contra el sectarismo y el dogmatismo” (Galeano, 1989: 35-36, 49-51).

En efecto, la fractura de ese entusiasmo debe haber constituido un dilema para el autor tanto a nivel emocional como estético e ideológico. Y es que de acuerdo con los estudios de Ponza (2010) y Gilman (2012), inclinarse hacia el modelo del *intelectual orgánico* –aquél que subordina su pluma a las directivas de un partido– implicaba renunciar a la autonomía que exigen los procedimientos básicos de la actividad letrada: el análisis de los hechos, la argumentación y el debate de ideas. Dicho de otro modo: implicaba limitarse a hacer propaganda, orientando la profesión a un análisis de lo real que ajustara sus conclusiones en respaldo de la estrategia establecida por los dirigentes del espacio político. Pero a su vez, asumir una actitud crítica con los mandatos partidarios conducía a entrar en disputas teórico-ideológicas con el único proyecto que había logrado conquistar el poder en el continente, con el riesgo añadido de ser eyectado de ese círculo de pertenencia cargando los estigmas del cobarde y el traidor. De ahí que en la prudencia de sus afirmaciones, que se extiende a la ausencia de debates sobre estas problemáticas en su obra publicada entre 1971 y 1975, no sólo estén presentes el fervor que brindaba una base de legitimidad a la lógica de la guerra y cierto rechazo a ejercer una actitud que pudiera perjudicar a la causa revolucionaria. Asimismo, también encontramos la simiente desde la que Galeano revisaría su propia experiencia de militancia. Me refiero a las dos claves, expuestas en la introducción, desde las que operaría su distanciamiento respecto a los enfoques que tendían a reducir la dinámica de la política al verticalismo de la lógica militar.

La primera de esas claves es la defensa de la actividad letrada como un instrumento capaz de hacer aportes al proceso de cambio social, premisa que el autor fundamentaba a partir de la concepción de que el triunfo del socialismo no dependía únicamente de la conquista del Estado, sino también de un cambio cultural: la necesidad de persuadir la conciencia de las masas para que adoptaran una actitud de confrontación con el orden vigente. Se trata de una lectura que se hace explícita en sus declaraciones al semanario *Marcha* en 1971. Allí, Galeano destaca el valor estratégico de un libro como *Las venas abiertas de América Latina*, elaborado con el propósito de “traducir estadísticas y reflexiones teóricas,

abstractas, inapresables, a un lenguaje que resulte atractivo para cualquiera”, y añade: “Fijate la importancia política que puede tener eso, si sale bien. Porque significa poner la economía política al alcance del lector medio”. Acto seguido, sus reproches a los intelectuales que criticaban a Castro por el caso Padilla se extienden a aquellos que, mediante otra actitud “equivocada y jodida”, vivían con culpa el hecho de haber optado por la pluma en vez de tomar el fusil: “El intelectual se golpea el pecho, gime: ‘Soy una pobre rata que escribe’, se desgarran las vestiduras, arroja cenizas sobre su propia cabeza, llora que él no vale nada, no sirve para nada, sólo sabe hacer libros”. A lo que agrega: “yo no creo eso de la literatura, y menos desde que en la izquierda se ha generalizado tanto el complejo del escritor ante el ‘hombre de acción’. Escribir puede ser un acto, es una forma posible de la acción” (Galeano, 1971: 30-31).

Además de conformar el enfoque con que la revista *Crisis* aborda esta problemática,⁸ dicha posición gana contundencia en un artículo publicado en 1976 que no por azar se titula “En defensa de la palabra”. En ese texto, Galeano (1989) sostiene que en sociedades capitalistas, y sobre todo de raíz colonial, “La palabra es un arma” que puede convertirse en “una forma de la acción” cuando es capaz de contribuir a “la revelación de lo que somos”. La presencia de un discurso dominante que, a su juicio, “manipula las conciencias, oculta la realidad y aplasta la imaginación creadora”, al punto de intervenir en los hechos históricos “falsificando el pasado” e incluso alienando la cultura popular mediante la deformación del lenguaje –“‘Libertad’ es, en mi país, el nombre de una cárcel para presos políticos [...]; y por ‘revolución’ se entiende lo que un nuevo detergente puede hacer en su cocina”–, justifica para el autor “la importancia de la literatura y su posible función revolucionaria en la exploración, revelación y difusión de nuestra verdadera identidad”. Por ello, no es casual que se pregunte “¿Qué proceso de cambio puede impulsar un pueblo que no sabe quién es, ni de dónde viene?”, así como que afirme que si aquello que se escribe “no es leído impunemente y cambia o alimenta, en alguna medida, la conciencia de quien lee, bien puede un escritor reivindicar su parte en el proceso de cambio” (p. 213-220). En sus palabras:

Uno supone que la literatura transmite conocimiento y actúa sobre el lenguaje y la conducta de quien la recibe; que nos ayuda a conocernos mejor para salvarnos juntos. [...] Una literatura nacida del proceso de crisis y de cambio y metida a fondo en el riesgo y la aventura de su tiempo, bien puede ayudar a crear los símbolos de la realidad nueva y quizá alumbre, si el talento no falta y el coraje tampoco, las señales del camino. [...] Sostener que la literatura va a cambiar, de por sí, la realidad, sería un acto de locura o pedantería. No me parece menos necio negar que en algo puede ayudar a que cambie [...]. Nuestra eficacia depende de nuestra capacidad de ser audaces y astutos, claros y atractivos (Galeano, 1989: 210-219).

⁸ La defensa del ejercicio intelectual fue una preocupación constante en las páginas de *Crisis*. Bajo dirección de Galeano, la revista intervino en el debate de distintas maneras: mediante la importancia otorgada a la opinión de los escritores, la reseña de sus obras, el homenaje a los intelectuales asesinados por la represión, el despliegue de una estrategia de escritura testimonial en la confección de sus reportajes periodísticos y el cuestionamiento de las posiciones dogmáticas y autoritarias. Si bien este último punto fue el menos abordado, *Crisis* contó con textos muy significativos para esta polémica, entre los cuales vale la pena destacar el artículo de Francisco Urondo titulado “Algunas reflexiones”, que se publicó en 1974 en la edición número diecisiete de la revista. En otro orden, recordemos que la persecución y la censura no harían más que reforzar estas premisas. “Mi país estaba roto, y yo prohibido. [...] la prohibición era, en cierto modo, un homenaje: la prueba de que escribir no había sido una pasión inútil”, afirma el autor en *Días y noches de amor y de guerra* (Galeano, 2000 [1978]: 75), donde sugiere que el poder reprimía a los letrados precisamente porque estos atacaban la base de sustento histórico y cultural de sus discursos, esto es, porque sus obras amenazaban el proyecto de país de la clase dominante.

Es desde esta concepción que comienza a emerger en su obra la segunda clave: la valorización de la actividad letrada como un soporte imprescindible para analizar críticamente las experiencias de militancia. Su defensa de la escritura, en definitiva, pasa a incorporar al debate el rechazo de los dogmatismos que cercenaban las manifestaciones de disenso con los mandatos partidarios. Y aunque en un primer momento la mirada del autor se sitúa en el terreno artístico, quizás por su reticencia a avanzar en discusiones que planteaban una mayor confrontación con las dirigencias revolucionarias, ese emplazamiento estético parece funcionar como un prisma que proyecta la polémica hacia dominios que exceden el campo del arte. Así se expresa en el citado artículo de 1976, en el que cuestiona a los escritores que habían optado por una prosa de corte *oficialista*, reducida al lenguaje de la propaganda: “Resulta tan desertora una literatura ‘revolucionaria’ escrita para los convencidos, como una literatura conservadora consagrada al éxtasis en la contemplación del propio ombligo”. Luego concluye con dos preguntas retóricas:

¿Cuál es el riesgo que asumen estos escritores, por más revolucionarios que digan ser, si escriben para la minoría que piensa y siente como ellos y le dan lo que espera recibir? No hay, entonces, posibilidad de fracaso; pero tampoco de éxito. ¿De qué sirve escribir si no es para desafiar el bloqueo que el sistema impone al mensaje disidente? (Galeano, 1989: 219).

En ese sentido, entre todas sus vivencias hay una que parece haber resultado determinante en el devenir de esa reorientación. Me refiero al asesinato Roque Dalton en 1975 por parte de sus propios compañeros de armas, episodio que constituye uno de los pasajes más dramáticos de *Días y noches de amor y de guerra* (2000 [1978]). El motivo del crimen fue una disputa ideológica que el poeta salvadoreño mantuvo con varios referentes de la guerrilla de ese país, quienes lo acusaron de insubordinación e incluso de ser agente de la CIA. Galeano (2000 [1978]) recuerda que se enteró de la noticia durante una reunión en la casa de unos amigos, y afirma: “Nos quedamos todos callados, escuchando la lluvia que golpea las ventanas” (p. 65). La elección de una voz narrativa que por momentos apela al tiempo presente para describir el episodio, tematiza su dificultad para sobreponerse al impacto que el hecho le produjo. El autor cuenta que el poeta había estado a punto de ser fusilado en dos oportunidades por los dictadores salvadoreños, tras lo cual recurre a la ironía para incrementar la dimensión paradójica de la tragedia: “La muerte se vengó de este tipo que tanto le había tomado el pelo. Al final lo acribilló a traición: le mandó los tiros desde el exacto lugar donde él no los esperaba”, y agrega: “Yo siempre pensé que Roque se metería en la muerte a carcajadas. Me pregunto si habrá podido. ¿No habrá sido más fuerte el dolor de morir asesinado por los que habían sido sus compañeros?” (Galeano, 2000 [1978]: 64-65).

El exilio acentuaría estas reflexiones. A través de ellas, Galeano poco a poco redefiniría las facetas teórico-ideológicas, organizacionales y estratégicas de un proyecto de poder como algo que no puede dejar de evaluarse y discutirse. Tanto es así que junto a su contribución al plano de las luchas sociales, el ejercicio intelectual comienza a ofrecer otra clase de aporte a ese proceso. Un aporte que opera, si se quiere, a nivel interno, en la regulación de los modos de convivencia que ligaban a los activistas, ya que el autor tiende a valorar dicha actividad como una suerte de resguardo contra las prácticas autoritarias, o bien, como un bloque de contención indispensable para evitar que se repitieran los fenómenos que habían signado a los regímenes comunistas. En rigor, lo que produce esta segunda clave es una expansión de su perspectiva autocrítica, que ahora también abarca su desempeño como militante político-cultural. Y es por eso que a medida que nos aproximamos a la década de 1980 su prosa reemplaza el tono incendiario del manifiesto por la evocación nostálgica de los amigos

asesinados y las esperanzas perdidas. Su lenguaje se convierte en el lenguaje del exilio: triste, distante, herido. Y su obra ya no se afirma en certezas absolutas sobre la revolución, sino en el desafío de sobrevivir a un mundo que se ha roto y que anuncia un futuro más injusto, más individualista y de mayor soledad para los ideales socialdemócratas. Un futuro en el que la épica pasa al terreno de la resistencia del sujeto frente al neoliberalismo, como ha visto Amar Sánchez (2010) en sus trabajos sobre el estilo de *autoficción* que muchos escritores adoptaron en las últimas dos décadas del siglo XX.

Una nueva forma para la política y la literatura

Lo expuesto hasta aquí muestra que el autor no se mantuvo indiferente ante los episodios de persecución ideológica dentro del campo revolucionario. Esas formas de intolerancia provocaron un cisma en su pensamiento que acabó por estallar con la derrota y el exilio. Su trayectoria, de hecho, sintoniza con las posiciones adoptadas en esa coyuntura por buena parte de la *intelligentsia* socialista. Si bien en su caso la revalorización de la democracia republicana, en tanto sistema eficaz para procesar las controversias, el respaldo a proyectos políticos identificados con ese ideal e incluso el cuestionamiento explícito al militarismo son posteriores a la etapa que abarca este trabajo, su defensa de la literatura y del derecho a disentir instituyeron la plataforma conceptual que lo proyectaría en esa dirección. Es decir, debido a que esas bases gestaron la confección de su perspectiva crítica con las cosmovisiones dogmáticas del marxismo, fueron ellas las que motivaron el desvío que progresivamente lo llevaría a delinear un imaginario de tipo socialdemócrata. Un imaginario en el que la democracia, a mi entender, se resignifica en términos de herramienta clave para la construcción de una sociedad más justa; o para ser más específico: deviene en una suerte de *quintaesencia* que es anterior –y superior– a los procedimientos, instituciones y mecanismos que organizan dicho sistema, aunque no siempre desde criterios democráticos, y que consiste en la igualdad radical en el acceso a los derechos y condiciones básicas para la vida.⁹

Lo peculiar es que ese enfoque anti-dogmático no deriva en una mera acusación *hacia afuera*, hacia terceros, que cargue las culpas de la derrota en los sectores más radicalizados de la militancia. Muy por el contrario, el autor se piensa a partir de sus vínculos con las prácticas de las que procura apartarse. Su mirada revisionista también se dirige *hacia dentro*, hacia sus actos, al punto de poner en entredicho su propia biografía. En otras palabras, las dos claves descriptas en el apartado anterior lo conducen a implementar una lógica de contrapunto entre la dimensión individual y el cuerpo colectivo. Una lógica que en *Días y noches de amor y de guerra* motiva cambios singulares en su praxis estética, cambios que tematizan en forma coherente su afán autocrítico, pues este se traduce en una estrategia de escritura basada en una triple operación que parte del marco general de los hechos para dirigirse al espacio íntimo de la experiencia. En efecto, en las páginas del libro el autor se pregunta, por un lado, en qué medida las actitudes dogmáticas impregnaron su pensamiento. Por otro, busca conjurar la culpa por haberse exiliado, por haber preservado su vida cuando tantos militantes la

⁹ Es importante notar que en su calificación de la literatura *como arma*, y a su vez *como acto*, todavía persiste la ambigüedad que mantuvo su discurso dentro de los márgenes de las exégesis militaristas al menos hasta finales de la década de 1980. El hito que quizás impulsó su ruptura definitiva con este tipo de concepciones fue la publicación del artículo “Cuba duele” (2003), en el que criticó el fusilamiento de un grupo de personas que intentaron escapar en balsa de ese país a principios de 2003. Allí, el autor enfatiza su rechazo a las estructuras de partido único, a las prácticas verticalistas y al concepto de centralismo democrático. Es entonces cuando gana lugar en sus argumentos la obra de Rosa Luxemburgo. Es más, la biografía de la autora, junto a sus teorizaciones sobre la importancia de la diversidad de ideas para todo proyecto político de corte progresista, ocupan un pasaje relevante en dos de los últimos libros de Galeano: *Especiosos* (2008) y *Los hijos de los días* (2011).

arriesgaban en nombre de la revolución. Y finalmente, su enfoque revisionista lo lleva a redefinir la concepción misma de la política, que ya no distingue entre identidades y ámbitos de mayor o menor compromiso, sino que coloca en una misma línea todos los planos de la existencia, entre ellos el amor y la amistad, que pasarían a ocupar un lugar destacado en su obra.

Con respecto a la primera de esas operaciones, la reflexión hacia dentro plantea matices que horadan la confianza en el triunfo revolucionario, así como la posibilidad de afirmar certezas absolutas e idealizaciones relativas a ese proyecto. De esta manera, el tono apocalíptico del manifiesto se diluye en la incertidumbre de una voz narrativa que ya no tiene verdades para comunicar, más allá de los crímenes del terrorismo de Estado. Incluso la defensa de una función social para la literatura se manifiesta desde el lenguaje inseguro de quien ya no puede asegurar nada definitivo: “estoy tratando de escribir para fijar las certidumbres chiquitas que uno va conquistando, antes de que se las lleve la ventolera de la duda”, cuenta en uno de los pasajes del texto. Poco después, expresa una inquietud que se repite a lo largo de la obra: “Escribir, ¿tiene sentido? La pregunta me pesa en la mano”, y concluye: “quizás escribir no sea más que una tentativa de poner a salvo, en el tiempo de la infamia, las voces que darán testimonio de que aquí estuvimos y así fuimos” (Galeano, 2000 [1978]: 89, 113). Pero aunque esas observaciones revelan un distanciamiento en relación a su obra publicada hasta 1975, la crítica al autoritarismo admite otro pliegue que expone la magnitud del desgarramiento ideológico y emocional que implicó la derrota. Con su fuero íntimo forzado a la introspección, Galeano (2000 [1978]) se interroga en tono de reproche: “¿Cuántas veces he sido un dictador? ¿Cuántas veces un inquisidor; un censor, un carcelero? ¿Cuántas veces he prohibido, a quienes más quería, la libertad y la palabra?”; y aún más determinante: “¿Quién no reproduce, dentro de sí, al mundo que lo genera?” (p. 112).

Por otra parte, tampoco la representación del capitalismo continúa efectuándose desde la confianza en el triunfo socialista. También aquí Galeano indaga formas y simbologías contrapuestas, en varios puntos, a su producción anterior. La dificultad para encontrar las claves que le permitieran entender el contexto y predecir el futuro, por momentos aproximan su prosa a aquello que Amar Sánchez (2010) califica como el estilo de la novela policial de serie negra, debido a que dicho orden se describe como una maquinaria cuyo poder excede las fuerzas y hasta la imaginación de los activistas: “¿Cuántos hombres serán arrancados de sus casas, esta noche, y arrojados a los baldíos con unos cuantos agujeros en la espalda?”, y también: “Un solo fusilado puede desencadenar un escándalo mundial: para miles de desaparecidos siempre queda el beneficio de la duda” (Galeano, 2000 [1978]: 9, 10). Asimismo, ese repentino desplazamiento del sujeto hacia el terreno endeble del devenir histórico, donde el futuro pierde su forma definida, es puesto en escena mediante el retrato de un presente desolado que no se sabe cómo afrontar: “Querías fuego y los fósforos no se encendían. Ningún fósforo te daba fuego. Todos los fósforos estaban decapitados o mojados” (Galeano, 2000 [1978]: 113). Lo mismo puede observarse en el fragmento incorporado como cita de apertura de esta investigación, en el que el autor traza un contrapunto entre su tristeza y la belleza del atardecer en los andenes de Barcelona: “Yo no estaba feliz, pero la tierra sí, mientras duró ese largo instante, y era yo quien tenía conciencia para saberlo y memoria para recordarlo” (Galeano, 2000 [1978]: 16).

Esta última cita introduce la segunda de las operaciones mencionadas: la necesidad de conjurar la culpa por haber sobrevivido. En torno a esta problemática emergen los factores que otorgan a la experiencia de la derrota su máximo nivel de complejidad. Las distintas tensiones a las que se refiere el autor oscilan entre el desafío de romper con el mandato que

juzgaba como cobarde o traidor al sujeto que abandonaba las armas, o que, en todo caso, no se decidía a tomarlas, y la obligación de retomar la lucha en nombre de los compañeros que habían sido asesinados por el terrorismo castrense. El eje narrativo de *Días y noches de amor y de guerra* está organizado en función de ese movimiento pendular. El texto se debate entre la búsqueda de un nuevo horizonte de sentidos para la vida y el dolor por ese fracaso político que abruma la conciencia del escritor, al punto que en ocasiones su pluma queda paralizada, detenida ante ese escenario dantesco que impone a la obra cierto tono confesional: “Persigo a la voz enemiga que me ha dictado la orden de estar triste. A veces, se me da por sentir que la alegría es un delito de alta traición, y que soy culpable del privilegio de seguir vivo y libre”; o bien, como surge de su encuentro con una amiga en marzo de 1976: “Ella me ha contado dolores de Chile. Resulta difícil, me ha dicho, que estén muertos los compañeros, después de haberlos visto tan vivos. Ella se salvó por un pelito y ahora se pregunta qué hacer con tanta libertad y sobrevida” (Galeano, 2000 [1978]: 114, 70).

Detengámonos en la pregunta porque simboliza el *leitmotiv* del texto: ¿qué hacer con tanta libertad?, ¿cómo recomponer esas emociones desfiguradas por la derrota? Con el correr de las páginas, Galeano encuentra su propia respuesta en un imperativo ético: la necesidad de resistir los embates de la maquinaria capitalista. La lucha contrahegemónica, entonces, pasa a ejercerse desde *el ideal de la resistencia* al nuevo orden impuesto por las dictaduras, que el sobreviviente se rehúsa a aceptar y con el que le resulta imposible transigir. En parte porque ha quedado ligado a la memoria de sus compañeros muertos. Sin embargo, esta noción excede las formulaciones que entrecruzaban el imaginario de las izquierdas con el cristianismo y con la impronta misional de ciertos mitos fundadores de la sociedad moderna, como por ejemplo la figura épica del *héroe caído*, que ha sido analizada en detalle por Vera Carnovale (2011) y María Matilde Ollier (1998). En otras palabras, la resistencia se vive como una obligación moral porque se presenta como la única alternativa capaz de impedir que el triunfo de esa maquinaria sea definitivo. Se resiste, por lo tanto, para evitar que los crímenes queden impunes, que el exilio sea una situación irreversible y que el proyecto de poder de los dictadores logre exterminar toda oposición al *statu quo*.

De acuerdo con Amar Sánchez (2010), este imperativo ético constituye un modo de asumir la derrota, y de situarse en ese contexto, que funda una nueva manera de intervenir en la disputa por el poder. A juicio de la autora, “estar entre los perdedores, no ceder, será alcanzar otra dimensión del triunfo” (Amar Sánchez, 2010: 12). Un triunfo módico, que apenas consiste en demostrar que la victoria del sistema no ha sido concluyente, pero que vuelve a posicionar al sujeto en un espacio de confrontación con un orden cuyos horrores, una vez más, colocan la moral y la justicia del lado de los derrotados. En efecto, esta actitud se tematiza en *Días y noches de amor y de guerra* a partir de testimonios en los que la desolación retrocede frente a esas exigencias que horadan el complejo de culpa e impiden que la tristeza paralice el comportamiento del autor. Es en esos testimonios donde vuelve a emerger, más allá de las pérdidas, la alegría de que aún se tiene algo por qué vivir: la propia vida; la propia posibilidad de persistir, de no entregarse, de no claudicar, que empuja a la esperanza incluso en la desesperación: “De golpe uno está bajo cielos ajenos y en tierras donde se habla y se siente de otro modo [...]. Te viene la tentación del lloriqueo, el viscoso dominio de la nostalgia y la muerte, y se corre el riesgo de vivir con la cabeza vuelta hacia atrás, vivir muriendo, que es una manera de dar la razón a un sistema que desprecia a los vivos”; y también: “A la patria, tarea por hacer, no vamos a levantarla con ladrillos de mierda. ¿Serviríamos para algo, a la hora del regreso, si volviéramos rotos? Requiere más coraje la alegría que la pena. A la pena, al fin y al cabo, estamos acostumbrados” (Galeano, 2000 [1978]: 103, 114).

Todos los aspectos mencionados hasta aquí confluyen en la tercera de las operaciones mediante las cuales Galeano transforma su subjetividad. Me refiero a la reconfiguración del significado mismo de la política, que ahora admite múltiples identidades o prácticas entre los repertorios de oposición al capitalismo. En rigor, no es sólo el tono incendiario del manifiesto lo que se diluye en las páginas de *Días y noches de amor y de guerra*, sino también el emplazamiento de la figura del intelectual, es decir, la tendencia a colocar esa figura en el papel del guía, del dirigente o actor protagónico, del faro que alumbraba el horizonte del proceso político. Esa especie de atributo fundado en la posesión de *un saber* ajeno a la conciencia del pueblo, un saber que legitimaba *su diferencia* –y quizás su superioridad– con respecto al común de las personas, se difumina debido a que el letrado ya no tiene verdades o certezas absolutas para comunicar. Su mirada también ha sido capturada por la penumbra que ensombrece el devenir histórico. De modo que si en *Las venas abiertas de América Latina* predomina el tono monológico y enfervorizado de una voz radicalmente convencida respecto a la veracidad de sus afirmaciones, en *Días y noches de amor y de guerra*, en cambio, predominan la duda y la incertidumbre. El título mismo de la obra ya tematiza ese sentirse envuelto en tinieblas a través de la contraposición entre las dualidades *luz/amor* y *oscuridad/guerra*.

Sin embargo, el elemento clave a nivel de estructura formal, aquel que expresa con mayor intensidad la manera en que la política y la figura del letrado son transformadas por la emergencia del escepticismo, es la aplicación de la técnica de escritura que desde entonces caracteriza el estilo de Galeano. En términos de Diana Palaversich (1995) y José Ramón González (1998), se trata de la *estrategia del fragmento*, esto es: la superposición de textos breves que reúnen un caleidoscopio de testimonios y materiales lingüísticos de muy diversa procedencia. Toda una heterogeneidad que Galeano dispone en una suerte de *collage* cuyo principio organizador es *la memoria*: el deseo de retratar el marco de la época a través de la escritura. Pero memoria y escritura pasan ahora a reconocerse en su carácter de *construcciones*, de creaciones que no dejan de remitir a una realidad que en algún punto les es ajena, plural y paradójica, pues escapa a la experiencia del autor.¹⁰ Y aunque ello no derive en su renuncia a la lucha política, esa lucha no puede más que resignificarse en un sentido contrario a las exégesis de aspiración maximalista. De ahí que su voz por momentos abandone el primer plano escritural para hacer lugar a la palabra de otros actores: dirigentes políticos, artistas, obreros, campesinos y tantas otras personas que integran los pasajes del texto. Galeano toma sus historias con el propósito de elaborar el retrato de una experiencia compartida, de un desafío en común del que también forman parte sus lectores. Todos ellos conforman el mapa de la resistencia latinoamericana, que *Días y noches de amor y de guerra* construye quizás para llevar una palabra de aliento en medio del horror de las dictaduras.

Por último, junto con esto, aunque ya no a nivel formal, sino de trabajo simbólico sobre los contenidos, esta nueva concepción de la política a su vez realza el valor de otras experiencias vitales que también se resignifican como territorios de militancia. La memoria de Galeano (2000 [1978]) recorre las tabernas de Montevideo, “con sus mesitas de madera o mármol, su bullicio de mucha conversación”, y se remonta a los juegos de la niñez entre los paisajes del río y el mar, cuando “mejor que el cine era hacer una fogata, al abrigo de las arboledas de la costa” (p. 82, 83). Y por cada imagen que describe las injusticias que

¹⁰ Para González (1998), la sentencia de apertura de *Días y noches de amor y de guerra* ya anticipa esa compleja distancia entre realidad e invención que se manifiesta en la memoria. Dicho detalle se hace presente en la última frase, que destaco en cursiva: “Todo lo que aquí se cuenta, ocurrió. El autor lo escribe tal como lo guardó su memoria. *Algunos nombres, pocos, han sido cambiados*” (Galeano, 2000 [1978]: 6).

afectaban al continente, el autor contrapone dos tipos de escenas en las que la pesadumbre de la derrota comienza a ceder para dejar espacio a otra clase de sensaciones. La primera es el recuerdo de sus amigos: “una noche, todavía no sé cómo, nos encontramos cantando y bailando en plena carretera, frente al cuartel más grande de Buenos Aires. [...] Vicente se revolcaba y saltaba y se rompía una pata gritando qué bella es la vida” (Galeano, 2000 [1978]: 98). La segunda, por su parte, es la sorpresiva irrupción del amor en ese escenario dantesco, que en *Días y noches de amor y de guerra* alcanza su punto de máxima intensidad en el capítulo en que Galeano (2000 [1978]) narra el encuentro con quien sería su tercera esposa:

Por la noche, gran raviolada. Sarlanga, autor de la maravilla, contó sus desventuras en la cancha de Boca, el domingo pasado. [...] Dos por tres se me cruzaban la risa y la mirada con una muchacha llamada Helena. [...] Caminamos juntos, en el buen frío de la noche. La luna, borrosa, dejaba ver los movimientos de marea de las copas de los árboles, oleajes lentos, y estaban vivos los árboles, estaban cómplices, y el mundo circulaba suave bajo los pies. [...] La melodía se encontró con nosotros. [...] Eric tocaba la armónica para su hijito Felipe en algún lugar de la casa y la melodía llegó hasta donde estábamos en el momento justo en que yo te decía, o me decías, que sobrevivir había valido la pena (p. 97, 98).

Esas múltiples dimensiones de la existencia, en tanto se ligan a valores de solidaridad que articulan una manera vivir opuesta a la lógica individualista y consumista del capitalismo, se postulan como planos fundamentales para ejercitar el compromiso revolucionario. El autor les asigna una importancia por partida doble. Así como el sujeto precisa la lucha contrahegemónica para que su proyecto de vida encuentre su verdadera razón de ser, aquella que le ha sido arrebatada por el sistema, y que consiste en la aspiración a restaurar la dignidad humana en contra de toda desigualdad, de toda opresión, de toda incapacidad para acceder a los derechos y condiciones que garantizan el desarrollo humano; también necesita esas experiencias vitales para dotar a la política de un sentido realmente transformador, ya que sólo cuando se vive para el bienestar del otro –o bien, para vivir en igualdad con los demás– se hace posible extirpar a los proyectos de poder el carácter totalitario, verticalista y despótico que les ha impreso la sociedad moderna. Es esa conjunción, esa ética de la alteridad, la que al mantener presente *el rostro del otro*, por emplear una expresión de Emmanuel Lévinas (1999), convierte a las distintas dimensiones de la fraternidad en un último resguardo contra las prácticas dogmáticas y autoritarias.

La política, por lo tanto, ya no se circunscribe a los ámbitos o temas de interés público en donde emergen los conflictos sociales, ni mucho menos a la definición de una estrategia y una identidad que se asumen como las únicas vías para la construcción de una sociedad más justa. Desde una perspectiva contrapuesta a esos lineamientos, el amor, la amistad, los paisajes de la infancia, las aventuras de la bohemia, los rituales de la comida y la bebida junto a los seres queridos, la festividad del encuentro con el cuerpo del otro, se resignifican como espacios de militancia en la medida en que resultan imprescindibles para restituir “la alegría de la continuidad de la aventura humana en la tierra” (Galeano, 1989: 381). Bajo el amparo de esas vivencias, entonces, la desolación retrocede y el sobreviviente puede descubrir una nueva forma de felicidad: la felicidad de resistir con otros y para otros, escindidos de todo impulso hacia la dominación y en nombre de una utopía que promete hacer posible, de una vez y para siempre, el encuentro democrático entre la libertad y la igualdad.

Conclusión

En el marco de conflictividad de los sesenta-setenta, y al igual que un importante sector de la *intelligentsia* latinoamericana, Galeano transitó un proceso de radicalización de su pensamiento. Entre los factores que impulsaron ese fenómeno se destaca la recurrente aplicación de políticas represivas y de cercenamiento de los derechos civiles en buena parte de los Estados del continente. En esa coyuntura, las actitudes despóticas de los grupos de poder resultaron determinantes no sólo por la influencia que ejercieron en su imaginario, que en aquella etapa se caracterizó por definir a la revolución como una alternativa que podía concretar la construcción de un nuevo orden. Al mismo tiempo, esas circunstancias lo alentaron a diseñar un proyecto de escritura pensado para intervenir positivamente en las luchas sociales. Su obra, en ese sentido, se funda en el desarrollo de una *poética del disenso* con el sistema capitalista basada en el empleo de recursos tomados del arte testimonial a los fines de incidir en la perspectiva ideológica de los lectores.

Sin embargo, en la dinámica de confrontación que adoptaron las pugnas políticas desde finales de la década de 1960, esa creencia en la potencialidad revolucionaria del ejercicio intelectual poco a poco entró en conflicto con una praxis que consideraba al combatiente como el verdadero revolucionario y a la lucha armada como la vía estratégica principal para la transformación del *statu quo*, esto es, aquella a la que debían subordinarse las demás formas de lucha, fueran culturales, sindicales, electorales, estudiantiles, etcétera. Su trayectoria, en ese contexto, permite indagar la multiplicidad de tensiones que fracturaron la convivencia al interior de los espacios de militancia. Tanto es así que consumada la derrota, y durante sus años de exilio, el autor propone un análisis de esa experiencia centrado en la crítica a las cosmovisiones dogmáticas que se desarrollaron dentro del campo del activismo marxista. En rigor, junto al fracaso de un proyecto que resumió la diversidad de repertorios de la política a la rigidez de los esquemas militares, esa reflexión desgarradora, ese reconocimiento de que el despotismo también había acaparado el desempeño de las izquierdas, decantaría en una recomposición de su pensamiento que se extendería a su estética literaria.

La etapa del exilio, entonces, nos muestra a Galeano en busca de una nueva concepción de la política. La clave de su reposicionamiento, aquella que vuelve a vincular el arte y la vida en torno a un nuevo programa de lucha contrahegemónica, es la acentuación de la perspectiva humanista en la que se asienta su imaginario ideológico. Si bien este fenómeno se manifiesta de distintas maneras en su obra, cada una de esas operaciones remite a dos conceptos fundamentales: el ideal de la resistencia a las dictaduras y la defensa del derecho a disentir como un principio clave para la construcción de una sociedad más equitativa. Así, si el primero ofrece los argumentos que le permiten sobreponerse al impacto emocional de la derrota, como paso previo para retomar la militancia, el segundo procesa su esfuerzo por despojar al marxismo de sus prácticas dogmáticas y autoritarias. De esta manera, Galeano comienza a delinear un nuevo modo de entender la política a partir de la articulación, de carácter indispensable, entre la defensa del pluralismo y el rechazo de toda forma de alienación u opresión. Al punto que es a través de ese reposicionamiento que el ejercicio letrado puede volver a agenciarse una función social: la función de ser un instrumento para la memoria, para la denuncia de las injusticias, para el debate de ideas, para el goce estético y para el análisis de los procesos históricos.

Pero además de estas consideraciones, la mencionada recomposición ideológica motivó otro fenómeno cuyo abordaje excede los objetivos de esta investigación. Me refiero a la emergencia de una nueva representación identitaria del intelectual, acorde con el viraje anti-

dogmático. En efecto, si el letrado ya no puede asumirse como guía o dirigente del proceso histórico, y si sus prácticas, ahora atravesadas por la duda y la incertidumbre, ya no se afirman como ejes organizadores de una doctrina omnicomprendiva de lo social, ¿en qué medida ello no implicaba reconocer que también el ejercicio de las ideas había sido cooptado por enfoques totalizantes, por perspectivas férreas e indiscutibles para las cuales había acción o había complicidad, había voluntad, decisión y valor o había renuncia y cobardía? ¿Acaso este fenómeno no suponía aceptar que tampoco los intelectuales habían sido ajenos a aquello que Rancière (2016) define como la *lógica policial* de la razón moderna, es decir, esa vocación homogeneizadora, absolutista, que en función de criterios no consensuados, y definidos *a priori* como verdades indiscutibles, determina quiénes poseen capacidad para mandar y quiénes deben resignarse a obedecer?

En síntesis, de acuerdo con las reflexiones de Teresa Basile (2015), puede decirse que el período de alzamiento en armas de Calibán fue sucedido por una etapa de *desarme*, una etapa en la que se desmontaron los paradigmas que nutrían el imaginario de las izquierdas latinoamericanas. En todo ese recorrido, lo que se observa en el caso de Galeano es la persistencia de un *ethos* que lo conduce a cuestionar tanto las desigualdades del sistema capitalista como aquellas derivadas de las obturaciones del disenso, el debate de ideas y la diversidad de opiniones. Y quizás es la continuidad de esa impronta, de ese humanismo contrario a cualquier tentativa autoritaria, la clave que así como en un primer momento impulsa su radicalización, luego le brinda las herramientas teóricas y estéticas que progresivamente lo animarían a adoptar un enfoque de tipo socialdemócrata. De allí el énfasis con que Galeano intentó inscribirse en la escena pública a partir de una actitud provocadora, irreverente, polemista; un esfuerzo que parece dirigido a demostrar que el dilema implícito en toda creencia, en todo esquema de valores convertido en dogma, es el silenciamiento de la voz del otro, que vuelve a ser atrapada y reducida por una nueva lengua dominante que busca reprimir aquello que no se ajusta a su mirada del mundo.

Bibliografía

Amar Sánchez, Ana María (2010): *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*, Anthropos, Barcelona.

Amar Sánchez, Ana María (1994): “La propuesta de una escritura (En homenaje a Rodolfo Walsh)”, en Roberto Baschetti (comp.), *Rodolfo Walsh, vivo*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, pp. 431-445.

Ansaldi, Waldo (2014): “¡A galopar a galopar hasta enterrarlos en el mar!”, en Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (coords.), *América Latina. Tiempos de violencias*, Ariel, Buenos Aires, pp. 47-76.

Badiou, Alain (2005): *El siglo*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.

Basile, Teresa (2015): *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Editorial de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, La Plata.

Beverly, John (1987): “Anatomía del testimonio”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 25, Vol. 13, pp. 7-16.

Calveiro, Pilar (2013): *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- Carnovale, Vera (2011): *Los combatientes, historia del PRT-ERP*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Casco, José María (2019): “Las formas de la tragedia y la redención. Algunas reflexiones acerca de la idea de ‘derrota’ de los proyectos revolucionarios en la obra de Juan Carlos Portantiero en su exilio en México (1975-1983)”, *Intellèctus*, N° 2, Año 18, pp. 186-214.
- Castro Ruz, Fidel (1971): “Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura”, *Departamento de Versiones Taquigráficas Del Gobierno Revolucionario*, [En Línea], pp. 1-10. Consultado el 15 de junio de 2020. Disponible en línea en: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f300471e.html>
- Fernández Retamar, Roberto (1971): “Calibán”, *Casa de las Américas*, N° 68, pp. 19-81.
- Galeano, Eduardo (1974c): “Carta a Ángel Rama”, disponible en Archivo Personal de Amparo Rama, pp. 1.
- Galeano, Eduardo (1964): *China, 1964. Crónica de un desafío*, Jorge Álvarez, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (2003): “Cuba duele”, *Página 12*, [En Línea], edición del 20 de abril, sin página. Consultado el 16 de junio de 2020. Disponible en línea en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-19058-2003-04-20.html>
- Galeano, Eduardo (2000 [1978]): *Días y noches de amor y de guerra*, Biblioteca Era, Rosario.
- Galeano, Eduardo (1971): “Entrevista con Eduardo Galeano: el escritor en el proceso americano” / Entrevistado por Jorge Ruffinelli, *Marcha*, N° 1555, Año 33, pp. 30-31.
- Galeano, Eduardo (2008): *Espejos*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (1967): *Guatemala, país ocupado*, Nuestro tiempo, México DF.
- Galeano, Eduardo (2013a [1975]): *La canción de nosotros*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (2010 [1971]): *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (1963): *Los días siguientes*, Alfa, Montevideo.
- Galeano, Eduardo (2011): *Los hijos de los días*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (2020): *Memoria del fuego*, tomos I, II y III, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (1989): *Nosotros decimos no*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Galeano, Eduardo (2013b [1974]): *Vagamundo*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Gilman, Claudia (2012): *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Giunta, Andrea (2008): *Vanguardia, internacionalismo y política*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- González, José Ramón (1998): “La estrategia del fragmento *El libro de los abrazos*, de Eduardo Galeano”, *Castilla: estudios de literatura*, N° 23, pp. 99-108.
- Grasselli, Fabiana (2011): *Rodolfo Walsh y Francisco Urondo, el oficio de escribir*, Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

Guevara de la Serna, Ernesto (1965): “El socialismo y el hombre en Cuba”, en *Marcha*, N° 1246, Año 26, pp. 14-15.

Guevara de la Serna, Ernesto (1960): *La guerra de guerrillas*, Departamento de Instrucción del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR), La Habana.

Guevara de la Serna, Ernesto (1963): *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ediciones Unión (Editorial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba), La Habana.

Iglesias Mariana (2011): “La excepción como práctica de gobierno en Uruguay, 1946-1973”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, Vol. 2, Año 2, pp. 137-155.

Lévinas, Emmanuel (1999): *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca.

Maccioni, María Laura (2012): *Líneas de fuga. Literatura y política en Reinaldo Arenas y Juan José Saer (1960-1975)*, Proquest, Ann Arbor.

Masetti, Jorge Ricardo (2009 [1958]): *Los que luchan y los que lloran*, Nuestra América, Buenos Aires.

Montali, Gabriel (2019): “Escribir desde la tensión. Conflictos político-ideológicos en la producción intelectual de Eduardo Galeano y Francisco Urondo: 1955 y 1976”, *A contracorriente*, N° 2, Vol. 16, pp. 9-39.

Montali, Gabriel (2018): “Vivir para contar: trayectoria estético-política de Eduardo Galeano entre 1955 y 1976”, *Caderno de Letras*, N° 31, pp. 175-210.

Nercesian, Inés (2013): *La política de las armas y las armas de la política, Brasil, Chile y Uruguay 1950/1970*, CLACSO, Buenos Aires.

Ollier, María Matilde (2009): *De la Revolución a la Democracia, Siglo XXI*, Buenos Aires.

Ollier, María Matilde (1998): *La creencia y la pasión*, Ariel, Buenos Aires.

Organización Latinoamericana de la Solidaridad (1967): “Declaración general de la primera conferencia Latino Americana de Solidaridad”, *Cristianismo y revolución*, N° 5, pp. 40-46.

Palaversich, Diana (1995): *Silencio, voz y escritura en Eduardo Galeano*, Iberoamericana, Madrid.

Ponza, Pablo (2010): *Intelectuales y violencia política 1955-1973*, Babel, Córdoba.

Ponza, Pablo (2013): “Juan Carlos Portantiero: democracia a treinta años de la transición”, *Revista digital de la Escuela de Historia*, N° 8, Año 5, pp. 137-156.

Rancière, Jacques (2016): *El malestar en la estética*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

Sin firma (1979): “Editorial”, *Controversia*, N° 1, Año 1, pp. 2.

Skłodowska, Elzbieta (1992): *Testimonio hispanoamericano: historia, teoría y poética*, Lang Publishing, Nueva York.

Tcach, César (2006): “Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”, en Hugo Quiroga y César Tcach

(comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Homo Sapiens, Rosario, pp. 123-166.

Urondo, Francisco (1974): “Algunas reflexiones”, *Crisis*, N° 17, pp. 35-38.

Walsh, Rodolfo (2000): *Operación masacre*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires.